

El tragaluz cae a niveles epidémicos: un punto de inflexión para la seguridad del consumidor

Por Bruce A. Broillet

Mientras me preparaba para aterrizar en un aeropuerto recientemente, sentí una mezcla de tristeza y esperanza al mirar por la ventana. Estábamos sobrevolando un almacén tras otro: grandes edificios grises con amplios tejados planos. Mi tristeza no se debía a los edificios, ni a sus tejados, sino al peligro totalmente evitable presente en cada uno de esos edificios: los tragaluces sin protección. Cuando comencé a manejar casos de personas que se caen por tragaluces sin protección, descubrí que se trata del tipo de caídas más graves en Estados Unidos.

Las caídas desde tragaluces generalmente suceden en edificios con tejados planos y accesibles en los que hay varios tragaluces. En muchos de estos edificios, los equipos como unidades de aire acondicionado o antenas parabólicas están en el tejado, por lo que es posible que los trabajadores tengan que caminar alrededor de los tragaluces.

Las personas que se suben a estos tejados por diferentes motivos están expuestas a los tragaluces. Aunque algunos tragaluces están resguardados o protegidos de alguna manera, muchos no lo están. Como es de esperar, las personas pueden tropezarse o resbalarse y encontrarse con un tragaluz desprotegido. A menudo, el tragaluz sin protección no puede soportar el peso de una persona, que caerá por el tragaluz desde una altura de dos o tres pisos hasta chocar con el cemento. La consecuencia de este tipo de caídas suele ser la muerte o una lesión catastrófica.

Las caídas desde tragaluces sin protección no son nada nuevo. El problema ha sido tan grave y tan frecuente que el Departamento de Trabajo de EE. UU. comenzó a realizar estadísticas sobre las muertes por caídas desde tragaluces hace décadas. Sin embargo, estas estadísticas solo registran caídas de trabajadores por tragaluces, no de la población en general, y solo aquellas que resultan en muerte. No se incluyen las caídas desde tragaluces de personas que no sean trabajadores. Las caídas de tragaluces que provocan parálisis, lesiones cerebrales u otras lesiones tampoco están incluidas. Por lo tanto, al evaluar la magnitud del problema en Estados Unidos, las estadísticas que lleva el gobierno no reflejan la realidad.

La frecuencia de estos incidentes demuestra que el peligro no es obvio para las personas que se suben a los tejados. Aunque pueden ser conscientes de que hay un tragaluz, no sabe que es, básicamente, un agujero en el techo. Los tragaluces son grandes y suelen ser translúcidos. Parecen ser bastante sustanciales. No parecen ser peligrosos.

Pero este es un aviso importante: aunque algunos fabricantes de tragaluces comercializan productos más resistentes, muchos otros venden productos demasiado débiles para soportar el peso humano. Además, aunque se trate de un tragaluz más resistente, el plástico tiende a degradarse con el tiempo debido a los efectos de la luz ultravioleta del sol. Lo que pudo haber comenzado siendo un tragaluz resistente, se vuelve frágil con el tiempo. Peor aún, es difícil incluso para un profesional cualificado identificar mediante inspección visual qué tragaluces pueden soportar el peso humano y cuáles no.

A principios de la década de 1970, las publicaciones sobre seguridad comenzaron a discutir el creciente problema de las caídas desde tragaluces. A medida que crecía el número de tragaluces utilizados para iluminar los edificios, también crecía el número de caídas. Las publicaciones discutieron varias formas de proteger los tragaluces, incluyendo colocar protectores o rejillas sobre los tragaluces, barras debajo de los tragaluces para atrapar a las personas en caso de caída, así como

barandillas alrededor de los tragaluces. En otras palabras, los riesgos que plantea este problema y diversas soluciones se conocen y publican desde hace al menos medio siglo.

Debido a la prevalencia de este peligro, y de acuerdo con el principio de que la necesidad es la madre de la invención, en 1971 surgieron compañías cuyo negocio consistía en construir y vender protecciones permanentes para tragaluces. Estas compañías demostraron que el problema de las caídas desde tragaluces podía eliminarse casi por completo con las medidas de protección adecuadas. Las publicaciones de estas compañías confirman que el plástico de los tragaluces se degrada, que el peligro existe, que las caídas son previsibles, que el problema es grave y que hay soluciones disponibles.

Aquellos que se defienden en casos de caídas desde tragaluces argumentan que solo un pequeño porcentaje de tragaluces están protegidos. Sin embargo, las publicaciones de las compañías que fabrican sistemas de protección para tragaluces enumeran a algunos de sus clientes, entre ellos: General Motors, Georgia Pacific, Motorola, Southern California Edison, Sherwin Williams, General Electric, International Paper, Goodyear, Alcoa, Chrysler, Departamento Federal de Transporte, ciudad de Columbus, Ohio, Home Depot, Kimberly Clark, Kraft Foods, Universidad de Connecticut, Xerox, Base de la Fuerza Aérea Edwards y ciudad de Escondido, California. Y la lista continúa. Dado que todas las compañías que fabrican sistemas de protección son empresas con fines de lucro, ¿cómo podrían haber tenido éxito en los negocios si nadie comprara su producto?

Entonces, ¿cómo llegamos a un punto en el que todos los tragaluces estén protegidos como deberían estar?

Hay un caso comparable en el pasado. Hace un siglo, las presas punzonadoras accionadas con el pie amputaban regularmente los dedos y las manos de los trabajadores. Los trabajadores golpeaban accidentalmente el pedal al colocar una pieza en la prensa con la mano. El problema era tan pronunciado que el gobierno federal comenzó a llevar a cabo estadísticas sobre esos accidentes. Los ingenieros respondieron, hace un siglo, desarrollando controles de dos manos para reemplazar los pedales, asegurando así que las manos estuvieran fuera de la prensa cuando se accionaba.

Parecía una solución muy simple en la década de 1920. Pero, increíblemente, los fabricantes de prensas hicieron que los dispositivos de seguridad de control a dos manos fueran opcionales. Queriendo ahorrar dinero, muchos compraban la variedad menos costosa, que era la prensa punzonadora accionada con el pie. Las amputaciones continuaron. Más tarde, en la década de 1960, comenzaron las demandas de responsabilidad por productos defectuosos. Los abogados litigantes de todo Estados Unidos comenzaron a responsabilizar a los fabricantes de las prensas. Las indemnizaciones crecieron y crecieron a medida que un jurado tras otro decidía que las prensas accionadas con el pie y sin protección tenían un diseño defectuoso. Poco a poco, los fabricantes de prensas dejaron de fabricar prensas accionadas con el pie y comenzaron a vender solo prensas con controles de dos manos. En una declaración en la década de 1980, le pregunté a un ingeniero de uno de los principales fabricantes por qué su compañía había discontinuado las prensas punzonadoras activadas con el pie. Su respuesta fue simple: había demasiadas demandas.

Es posible que ahora estemos en un punto de inflexión similar en la historia, pero esta vez relacionado con la seguridad de los tragaluces. Cuantas más demandas se presenten, más probable será que la epidemia de caídas desde tragaluces se convierta en un recuerdo tan lejano como los peligros de las prensas punzonadoras accionadas con el pie. Y es por eso que, mientras miraba por la ventana del avión, mi tristeza se vio atenuada por la esperanza de que los abogados demandantes pueden, como ya lo han hecho anteriormente, movernos a todos en la dirección adecuada para mejorar la seguridad.

Bruce Broillet es socio del bufete para demandantes de El Segundo, Greene, Broillet & Wheeler, LLP. Se especializa en litigios comerciales, muerte por negligencia, lesiones personales, responsabilidad por productos defectuosos y negligencia profesional.